

Compartiendo la alegría de la Pascua: Renovemos nuestra misión de llevar buenas nuevas y liberar a los cautivos

Oscar Castellanos

En Jeremías 18, el Señor le indica al profeta que vaya a la casa del alfarero, donde Jeremías observa lo que este hace con cualquier vasija. Mientras Jeremías observaba, el Señor le dijo: «¿No puedo hacer con ustedes, casa de Israel, como ha hecho este alfarero? Oráculo del Señor. En verdad, como el barro en manos del alfarero, así son ustedes en mi mano, casa de Israel» (18:6).

Esta imagen del Señor como el alfarero y su pueblo como el barro refleja una de las mejores imágenes que tengo sobre la formación. Al tratar de describir lo que es la formación de los laicos y el desarrollo de liderazgo no podemos dejar a un lado la importancia que esto implica para el trabajo misionero de la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo. El tiempo pascual es un momento ideal para despertar el llamado que los cristianos han recibido en el bautismo a formarse como discípulos misioneros.

CONECTAR NUESTRA MISIÓN CON LOS SACRAMENTOS

Las parroquias priorizan correctamente los sacramentos de iniciación ya que estos nos unen con Dios y el Cuerpo de Cristo mientras otorgan su gracia. Aun así, me pregunto en qué medida la preparación para los sacramentos está integrada con su misión. Nuestro enfoque no puede estar únicamente en Mateo 28:19 que nos dice: “Vayan y hagan discípulos entre todos los pueblos, bautícenlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo”. Esa comisión es sólo una forma de vivir la misión que Jesús nos dio. En la Vigilia Pascual, las parroquias dan la bienvenida a las personas a la Iglesia a través de los sacramentos de iniciación; y durante el tiempo pascual se celebran liturgias de primeras comuniones y confirmaciones. La temporada de Pascua, es más que un punto de entrada a los sacramentos. Si la Iglesia se regocija en la resurrección durante cincuenta días, este puede ser un tiempo de reflexión sobre la vida a la que nos llama nuestro bautismo. Para tener una perspectiva de nuestra misión, consideremos la declaración de la misión de Jesús en Lucas 4:18-19: “El Espíritu del Señor está sobre mí, / por cuanto me ha unguido / para traer buenas nuevas a los pobres. / Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos / y dar vista a los ciegos, / a poner en libertad a los oprimidos, / y a proclamar un año agradable al Señor”. En este anuncio de liberación, Jesús afirma que Él es el unguido de Dios, confiando en el Espíritu de Dios como fuente de inspiración y acción.



La preparación sacramental se trata de aceptar la misión de Cristo.

Definir misión y acción es imperativo para entender la vida de Dios. Stephen Bevens, SVD, en su obra, *La misión tiene una iglesia*, afirma lo siguiente: “Dios es misión. No es que Dios tenga una Misión, sino que Dios es Misión. Esto es lo que Dios es en lo más profundo de Dios: amor que se difunde a sí mismo, creando libremente, redimiendo, sanando, desafiando esa creación.”²¹

Imaginemos que Dios es misión por naturaleza y que recibir los sacramentos nos permite participar más profundamente en la vida de Dios. Ahora necesitamos preguntarnos qué estamos esperando para comenzar a proclamar la importancia de esta conexión de llevar buenas nuevas a los pobres, liberación a los cautivos y sanación a los necesitados. La preparación sacramental no se trata de cumplir requisitos sino de aceptar la misión de Cristo.

Una perspectiva complementaria sobre la misión se encuentra en Juan 17:17-19: “[Padre] conságralos [a los discípulos] en la verdad. Tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envíe yo al mundo. Y yo me consagro por ellos para que también ellos sean consagrados en la verdad.” En la experiencia posterior a la resurrección, las narraciones de los evangelios y los Hechos de los Apóstoles manifiestan la comprensión de la Iglesia primitiva de que la misión de Cristo era su misión. Bevens explica una vez más: “La Iglesia no tiene una misión, ¡la misión tiene una Iglesia! La Iglesia (Pueblo de Dios) tiene como función principal fomentar los valores del reino de Dios en nuestro tiempo y lugar en la historia.”²²

Esta declaración nos ayuda a contemplar la formación como entrenamiento y desarrollo de habilidades para el ministerio en ambientes parroquiales. Podríamos considerar la formación



Las parroquias prosperarán cuando los miembros estén totalmente comprometidos con la misión y entiendan su llamado bautismal.

el participar en cada oportunidad de responder a la misión de Cristo en la vida diaria.

Los pasajes de Lucas y Juan enfatizan la *consagración*, la *unción* y el *envío*. Si imagináramos a nuestras parroquias totalmente comprometidas con la misión, con miembros que comprenden plenamente su llamado bautismal, serían comunidades vitales y prósperas que “Van y anuncian el Evangelio del Señor” (*Misal Romano*, Orden de la Misa, 144). La misión de Dios llega más allá de la parroquia, es participación en la vida de Cristo. Los sacramentos son parte integral de esta misión, ya que nos invitan a entrar más plenamente en la vida de Dios.

Para conectar la formación, la misión y los sacramentos, especialmente durante la temporada de Pascua, las parroquias podrían:

- incluir a los padres de familia en la formación de educación religiosa, reflexionando juntos sobre las muchas oportunidades para participar en la misión,
 - renovar las sesiones de preparación bautismal con pasajes de los Evangelios de Lucas y Juan que complementan el compromiso de fe de los padres de familia y padrinos,
 - facilitar la reflexión mistagógica con los candidatos a la Confirmación y sus padrinos después de recibir el sacramento,
 - revisar los programas y recursos de preparación matrimonial, creando oportunidades para ver el sacramento como un llamado al servicio mutuo y de la iglesia.

DISCIPULOS MISIONEROS Y EL MISTERIO PASCUAL

Si las parroquias comunican que el llamado bautismal está integrado en la misión de Jesús, los feligreses desarrollarán su identidad como discípulos misioneros. Llevar a las personas a los sacramentos es apenas el comienzo del trabajo del ministro pastoral. El acompañamiento es necesario para que las personas sigan creciendo en su fe. El discípulo permanece siempre a los pies del maestro y al mismo tiempo es enviado. Por lo tanto,

como comunidad de creyentes, facilitamos oportunidades para formar a otros discípulos en el camino.

El Papa Francisco ha puesto énfasis en “convertirse en discípulos misioneros”. En su exhortación apostólica *La Alegría del Evangelio*, Francisco subraya constantemente esta llamada con entusiasmo y determinación. El Papa afirma lo siguiente: “Todos los bautizados, cualquiera que sea su posición en la Iglesia o su nivel de instrucción en la fe, son agentes de evangelización, y sería insuficiente prever un plan de evangelización realizado por profesionales mientras el resto de los fieles se limitaría a ser receptores pasivos” (120). El Papa insiste en que la labor misionera de la Iglesia no se deje en manos de unos pocos. En virtud de nuestro bautismo, también estamos llamados a acompañar a los demás.

Los relatos de figuras prominentes en la historia de la salvación ilustran la importancia del acompañamiento. David necesitaba al profeta Natán, María necesitaba a José, Pablo necesitaba a Ananías y los doce apóstoles necesitaban a Jesús. Todo discípulo misionero necesita ser acompañado. Para prosperar, las parroquias necesitan reconocer la importancia del acompañamiento y examinar si y cómo ocurre en su comunidad. Los feligreses y voluntarios emocionados que se han encontrado con Cristo resucitado a veces carecen de la determinación de continuar respondiendo a su llamado porque no recibieron el apoyo adecuado en su caminar. ¿Cómo podemos recordar a nuestros feligreses que el tiempo de Pascua es una oportunidad para acompañar a otro?

Imaginemos que nos situamos como individuos y comunidades parroquiales en el contexto del camino a Emaús (Lucas 24:13–35). Se podrían encontrar similitudes con la desvinculación de los discípulos con la misión después de la resurrección y lo que ocurre en nuestras parroquias. Es mucho más fácil volver a lo ordinario (Emaús) y huir de la cruz (Jerusalén). Sin embargo, cuando esto sucede hay una sensación de desesperanza. En el camino a Emaús, Jesús se aparece a los angustiados discípulos y camina con ellos, los escucha y comparte la comunión en la mesa. El camino a Emaús refleja al maestro como compañero perfecto en el camino de la fe. En *La Alegría del Evangelio*, el Papa Francisco exhorta a la Iglesia a invitar a todos a participar en el arte del acompañamiento para lograr la sanación y el crecimiento en la vida cristiana. Él afirma:

La Iglesia deberá iniciar a todos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este “arte del acompañamiento” que nos enseña a quitarnos las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Éxodo 3, 5). El ritmo de este acompañamiento debe ser constante y tranquilizador, reflejando nuestra cercanía y nuestra mirada compasiva que también sana, libera y estimula el crecimiento en la vida cristiana. (169)

El tiempo pascual es el momento perfecto para recoger y recordar cómo Cristo resucitado sigue acompañando a sus discípulos, especialmente cuando se sienten solos y sin esperanza. Este es el momento también para que los seguidores de Cristo reflexionemos sobre cómo estamos animando a nuestra comunidad a acompañar a los demás. Cuando ocurre el acompañamiento, los discípulos siguen la misión de Jesús de llevar “buenas

nuevas a los pobres”, “anunciar la libertad a los cautivos” y permitir que “los oprimidos queden libres” (Lucas 4:18). A través de estas acciones, los seguidores de Cristo actúan no solo como *discípulos* sino como *discípulos misioneros*, términos que dependen unos de otros. Al describir el trabajo del apóstol en su discurso a los Misioneros de África el 13 de junio de 2022, el papa Francisco enfatizó la vida del discipulado:

El apóstol no es un gerente; no es un disertante erudito; él no es un mago de TI. El apóstol es un testigo. . . Testimonio significa esencialmente dos cosas: *oración* y *fraternidad*. Un corazón abierto a Dios y un corazón abierto a los hermanos y hermanas. Ante todo, estar en la presencia de Dios, dejarse mirar por él, cada día, en adoración. Allí, sacar la sangre de la vida, en ese “permanecer en él”, en Cristo, que es la condición para ser apóstoles (cf. Juan 15, 1–9). Es la paradoja de la misión: solo puedes *ir* si te *quedas*. Si no eres capaz de permanecer en el Señor, no puedes ir.³

Evidentemente, este mensaje es la comprensión de Francisco sobre la contemplación y la acción. La vida de un discípulo misionero es una paradoja: uno sólo puede *ir* si uno se *queda*, ya que consiste en estas dos actitudes, permanecer en el Señor y ser enviado. Francisco llama a la gente de hoy a vivir con el mismo espíritu de la Iglesia primitiva. “Oración y fraternidad: la Iglesia debe volver a este *núcleo esencial*, a esta radiante sencillez, naturalmente no de manera uniforme, sino en la variedad de sus carismas, ministerios e instituciones; pero todo debe dejar resplandecer este núcleo original, que se remonta a Pentecostés y a la primera comunidad, descritos en los Hechos de los Apóstoles (cf. 2, 42–47; 4, 32–35)”.

¡Cuán beneficioso sería reforzar en nuestros ministerios y grupos parroquiales una comprensión renovada de que la vida de un discípulo misionero consiste en oración y fraternidad y permanecer y ser enviado! El acompañamiento y el discernimiento son, pues, parte de la formación. Las siguientes consultas ayudarán a determinar los sistemas establecidos para el acompañamiento:

- ¿Qué tipo de acompañamiento se brinda a grupos y ministerios que ya han asumido un rol o compromiso específico?
- ¿Qué tipo de seguimiento se da a las experiencias evangelizadoras en la parroquia?
- ¿Qué tipo de experiencias fomentan una sana interpretación de la iglesia doméstica y la iglesia local?
- ¿Cómo promueve la parroquia la oración y la contemplación?
- ¿Cómo se fomenta la dirección espiritual y los grupos de apoyo en la parroquia?
- ¿Qué recursos se ofrecen para discernir dones y talentos para promover el servicio y la misión?

UNA CULTURA DE ENCUENTRO

En mis años de vida parroquial y ministerio diocesano, disfruté y también sufrí con los desafíos que son parte del trabajo de coordinación de voluntarios. Los retos incluyeron sostener los

programas, mantener a los voluntarios animados, alentando y recibiendo nuevos miembros para comenzar con nuevas iniciativas. A veces nos desconcertaba que fueran siempre las mismas personas las que se presentaran y que otras nuevas no asistieran a los eventos. Esto era desconcertante, ya que el mensaje de Jesús es de alegría, sea lo que sea, es importante tener en cuenta que ser testigo de la resurrección es sinónimo de irradiar esa alegría. Al menos así termina la historia del camino a Emaús, con un sentido de esperanza en la misión.

Imaginemos a cada discípulo misionero como testigo del gozo de la resurrección. Tal alegría podría dar espacio para crear una cultura de encuentro para que otros se renueven en ella. La formación de una cultura de encuentro requiere un esfuerzo de colaboración entre el personal y los voluntarios laicos y ordenados, las oficinas diocesanas y las parroquias, el obispo y los sacerdotes, y las culturas dominantes y los recién llegados. Que miremos al acompañamiento que Jesús ofreció a los discípulos en el camino a Emaús mientras buscamos orar y caminar junto a otros, permanecer en Cristo y ser enviados. Y en nuestro acompañamiento de los demás, que podamos ofrecer la luz de la fe. En la *Alegría del Evangelio*, el Papa Francisco nos muestra cómo apoyar a las personas en la fe y encontrarlas donde están:

No quiero una Iglesia preocupada por estar en el centro y que luego acabe atrapada en una red de obsesiones y procedimientos. Si algo debe con razón inquietarnos y turbar nuestras conciencias es el hecho de que tantos de nuestros hermanos y hermanas vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo que nacen de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los sostenga, sin significado y una meta en la vida. Más que por miedo a desviarnos, mi esperanza es que nos mueva el miedo a quedarnos encerrados en estructuras que nos dan una falsa sensación de seguridad, en reglas que nos hacen jueces duros, en hábitos que nos hacen sentir seguros. (49)

Notas

1. Stephen Bevans, “The Mission Has a Church: Perspectives of a Roman Catholic Theologian,” en *Edinburgh 2010 Mission Today and Tomorrow*, p. 3.
2. Bevans, p. 11.
3. <https://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2022/june/documents/20220613-missionari-africa.html>.

OSCAR CASTELLANOS es el director de Renovación: Parish Renewal Initiative de Marian University, Indianápolis.

En www.PastoralLiturgy.org

Comparta este artículo disponible en el URL <http://www.pastoralliturgy.org/Compartiendo-laalegriadelaPascua>.